

**Gianni Vattimo, *Más allá de la interpretación*. Introducción de Ramón Rodríguez
Buenos Aires, Paidós, 1995, 161 páginas.**

En *Ética de la interpretación* la hermenéutica se presentaba como la nueva *koiné* de la cultura occidental, equiparable en su hegemonía a la posición ocupada antes por el marxismo y el estructuralismo. Tal hipótesis —“débil”, como luego admitirá Vattimo sin por ello abandonarla—, no se basa tanto en la constatación de que un número importante de creencias filosóficas sean compartidas por distintos autores, sino sobre todo en el reconocimiento de que un clima, cada vez más difundido, o cierta “ semejanza de familia” parece ligar a Heidegger, Gadamer, Ricoeur, Pareyson, Taylor, Rorty, Habermas, Apel, Derrida, Levinas.

Vattimo, que alertaba ya entonces sobre las vaguedades y los riesgos ocasionados por tal expansión, proponía también redefinir la hermenéutica con precisas bases nihilistas. La continuidad entre Nietzsche y Heidegger, dada por el nihilismo, considerado por Vattimo no como filosofía de la disolución de los valores, sino como nueva ontología capaz de ultrapasarse la metafísica, en tanto ya no considera necesario buscar estructuras estables o fundamentos eternos, sino que capta el ser como *evento*, es decir, como el “configurarse de la realidad, particularmente ligado a la situación de una época”, y transido de mensajes, actuales y provenientes de épocas pasadas, otorga a la hermenéutica su sentido originario, su ética y su compromiso: en su condición posmetafísica que contempla sin embargo con *pietas* los fundamentos, en su calidad de interpretación de eventos, debe negarse a ser contaminada por nuevos asedios metafísicos, aquellos, latentes en algunas de las formulaciones teóricas que acabaron por convertirla en *koiné*.

Se trata ahora de extremar esta línea para descubrir las torsiones que el nihilismo imprime al pensamiento hermenéutico cuando éste reflexiona sobre su propio estatuto y contempla a la vez sus relaciones con la ciencia, la ética, la religión y el arte. Radicalizar el sentido originario de la hermenéutica, descubrir, con él, los límites y contradicciones de la teoría hermenéutica “estándar”, proponer nuevas respuestas a tradicionales problemas filosóficos en diálogo constante con Gadamer, Rorty, Habermas y Derrida, sin dejar de respetar esa “vocación nihilista” sobre la que Vattimo insiste, constituyen los imperativos de esta nueva interpretación del devenir secularizante de la filosofía.

Más allá de la interpretación, subraya inicialmente en lo que respecta al nivel metateórico de la hermenéutica, que ella no es sólo una teoría de la historicidad de la comprensión, de la multiplicidad de perspectivas sobre el mundo o sobre el ser, y del carácter histórico-lingüístico de la verdad, sino también “una verdad radicalmente histórica”: una consecuencia lógica en el plano del desarrollo del pensamiento filosófico que corresponde a otro momento en la historia del ser, una etapa decisiva en el camino por el cual el ser se sustrae (también literalmente: reduciéndose, disolviéndose) al dominio de las categorías metafísicas de la presencia desplegada. Si la hermenéutica se concibe a sí misma como respuesta histórica a un *envío*, es decir, a la historia del ser como evento, del nihilismo, si asume su propia historicidad, logra eliminar el equívoco metafísico que la amenaza —la pretensión “de presentarse como una descripción finalmente verdadera de la (permanente) ‘estructura interpretativa’ de la existencia humana”—.

Radicalizar el sentido originario de la hermenéutica, tiene también otras consecuencias. En principio, obliga a modificar la posición que los pensadores hermenéuticos han asumido hasta ahora en relación con las ciencias positivas. Desde el “la ciencia no piensa” de Heidegger, toda una línea — Gadamer, Kuhn/Rorty—, construyéndose principalmente en relación a la experiencia estética, revive explícita o implícitamente la reivindicación humanista de las ciencias del espíritu, con la exigencia subyacente de reconducir el ámbito categorial desplegado en las ciencias, al mundo de la vida. Pero por justificada que esté dicha actitud desde el punto de vista ético-político, la hermenéutica permanece así ligada a una visión todavía metafísica de la ciencia y de la misma experiencia estética. Por el contrario, para retomar el proyecto de superación de la metafísica, inscripto en sus orígenes, la hermenéutica debe seguir el paso dado por Heidegger en la segunda fase de su obra: no ya entender “las estructuras (objetivas, metafísicas) del existir, sino el sentido (de la historia) del ser, tal como él se ha determinado en la época de la metafísica cumplida que es la modernidad, es decir, la edad de la ciencia y de la técnica..., donde el ente convertido en objeto del representar de algún modo pierde su ser,... y la imagen del mundo se multiplica en imágenes contradictorias en lucha entre sí” Aquí encuentra Vattimo las premisas de otra actitud con respecto a la ciencia: considerarla como el agente principal de una transformación nihilista del sentido del ser, *como preparación positiva del mundo en que no hay hechos sino interpretaciones*.

La asunción de la vocación nihilista repercute necesariamente en el plano de la ética, ya que en última instancia, según Vattimo, una motivación ético-política tenía la crítica a la metafísica, llevada a cabo por Heidegger, de la que nace la hermenéutica: el pensamiento de la presencia preteritoria del ser es

considerado por Heidegger violencia más que error teórico, porque “como una autoridad que acalla sin dar explicaciones”, el fundamento “se da con la evidencia incontrovertible que no permite el paso a ulteriores preguntas”. Y si se continúa la idea heideggeriana de que la metafísica alcanza su configuración más completa con el saber científico-técnico moderno y se recuerda que la hermenéutica es respuesta a un darse histórico-destinal del ser, una ética de la filosofía de la interpretación actual debe dar cuenta precisamente de la relación hombre-ser en el contexto determinado en forma decisiva por la ciencia y la técnica, el de la metafísica realizada. Una ética que proponga una interpretación de la historia de la modernidad a la que la hermenéutica corresponde, *en el sentido de un progresivo debilitamiento de la imposición de la presencia o de las estructuras fuertes del ser*, permitiría para Vattimo fácilmente argumentar contra los fundamentalismos de toda especie que brotan en el mundo tardo moderno.

Paradójico vínculo mantienen a lo largo de la historia la hermenéutica y la religión. Originada y desarrollada en la afirmación progresiva de la conciencia ilustrada (Lutero, Spinoza, Dilthey), la hermenéutica moderna, agente de secularización, se reencuentra finalmente con la tradición religiosa cristiana, al menos y en principio porque con su crítica a la idea de verdad como conformidad verificable entre proposición y cosa, “liquida las bases de los principales argumentos que la filosofía ha planteado a favor del ateísmo”. La crítica al ideal de objetividad libera posibilidades renovadas al lenguaje del mito, el arte y la religión, cuya recurrencia en algunos casos de la *koiné* hermenéuticas no exhibe justificación teórica alguna. Vattimo, contra esta proliferación, recupera para la hermenéutica un nexo sustancial que la liga a la tradición religiosa judeocristiana, constitutiva de Occidente; más bien descubre su pertenencia a esa tradición. No tanto porque ésta, fundada sobre una revelación escritural, orienta el pensamiento hacia la interpretación, sino, porque tiene como base la idea de la encarnación de Dios, que concibe, en evidente paralelismo, con el significado “de la oncología nihilista, como *kenosis*, es decir, como *disminución y debilitamiento*.”

Con respecto al arte, la teoría hermenéutica estándar ha reaccionado en general contra la “ideología de museo” de una “conciencia estética”, complemento al fin del cientificismo moderno que tiene por consecuencia la separación entre el ámbito de experiencia del subsistema artístico y el ámbito de lo verdadero, de los valores morales y de la concreta vida social. Tal crítica a la “diferenciación estética” que reivindica para el arte una experiencia de verdad, carece sin embargo para Vattimo de una justa reflexión sobre las conflictivas relaciones entre arte y religión, presentes aun después de que la estética definiera el arte como esfera de la creación sin objeto y del agrado desinteresado. El *Systemprogram* de Hegel, Hölderlin y Schelling, la *Estética* de Lukács, las reflexiones de Benjamin sobre el arte en la era de la reproductividad técnica, *Caminos de bosque* y *De camino al habla* de Heidegger son algunos ejemplos que escoge Vattimo para confirmar que la cultura moderna tiende a sustituir la religión por el arte, que pasa a ocupar una posición central. Pero la nueva mitología de los románticos o la religión racional se ha desplegado y realizado, a expensas de la tajante separación arte alto/bajo, como experiencia social y plural a través de la acción de los medios. A las transformaciones que éstos producen en la experiencia estética de las sociedades tardo-industriales; a la esteticidad difundida a partir de la impronta del mundo del mercado y de la información, a la existencia social más que a la verdad del arte de los lugares elevados tradicionalmente reconocidos, deberá prestar atención una estética inspirada en la hermenéutica, tomando como criterio la impronta nihilista: *la reducción de la violencia, el debilitamiento de las entidades fuertes y agresivas, la aceptación del otro hasta la caridad*, son los parámetros para determinar lo que vale y lo que no en la estetización de la vida social postmoderna.

Con dos apéndices destinados a precisar el carácter específico de la verdad y de la racionalidad hermenéuticas, Vattimo contesta finalmente a las acusaciones de relativismo e irracionalismo frecuentemente realizadas a la hermenéutica.

La noción de verdad en términos de evidencia (el darse incontrovertible de la cosa) y de conformidad (de la proposición a la cosa y al estado de cosas), perteneciente a la tradición metafísica, es considerada por la hermenéutica, secundaria con respecto a la noción de verdad en términos de “apertura: la que acaece en el habla, y en sus eventos fundantes como la obra de arte” —verdad originaria en tanto instituye el horizonte histórico-cultural en el que toda verificación o falsificación es posible, o condición primera de toda verdad singular—. Siguiendo el hilo conductor del nihilismo, Vattimo reformula esta verdad hermenéutica, que se remonta a Heidegger, y reaparece de un modo u otro en Gadamer y en Rorty, con la metáfora *habitar, habitar una biblioteca de Babel*. Con ella pretende explicar, primero, que la pertenencia a un horizonte no significa padecer pasivamente la imposición de un sistema de prejuicios, sino un interpretar que permite la articulación crítica. Segundo, que la experiencia de verdad del hombre tardo moderno se localiza sobre una multiplicidad de voces, y esto como resultado de la culminación de la metafísica y del consecuente disolverse de la idea misma de realidad en la multiplicidad de interpretaciones. La concepción de verdad como habitar la biblioteca de Babel, no es entonces una descripción verdadera de la experiencia de verdad que sustituye a la falsa de la metafísica, sino proveniencia con respecto a “una vocación del ser a la reducción,

a la disolución de los rasgos fuertes” que se presenta como índice o criterio de “interpretaciones, elecciones, incluso opciones morales, mucho más allá de la pura y simple afirmación de la pluralidad de paradigmas”.

El último objetivo de Vattimo es la reconstrucción de una racionalidad hermenéutica no exenta de argumentación y diferenciable de la poesía, ausente en propuestas como las de Rorty y Derrida, orientadas para él hacia un irracionalismo esteticista que recae en la metafísica. Una vez más, radicalizar su sentido originario, significa aquí que la hermenéutica, siendo resultado de un determinado curso de eventos —“de teorías, transformaciones sociales, culturales en sentido amplio, de tecnologías y descubrimientos científicos”—, se legitima únicamente ofreciendo una historia, de ese proceso del que deriva, en términos nihilistas, esto es, interpretativos, narrativos, no descriptivos, que será válida hasta que otra interpretación logre desmentirla.

Foucault, desde Hegel a la Escuela de Frankfurt, pasando por Nietzsche y Max Weber, lo acoge a él mismo, incluye también a Vattimo. Porque *Mas allá de la interpretación*, si bien insiste sobre aspectos ya tratados en obras anteriores, resultando a veces redundante, aporta, además de interesantes reflexiones sobre distintos ámbitos del saber, los fundamentos teóricos necesarios para justificar la hermenéutica —y éste quizá sea el aspecto más distintivo de la propuesta de Vattimo— con respecto a las posiciones de Gadamer y Rorty, como una respuesta histórica “que trata de aprehender el sentido de la transformación (de la noción) del ser que se ha producido como consecuencia de la racionalización científico técnica de nuestro mundo”, o lo que es lo mismo, para justificarla como ontología de la actualidad.

Miriam Chiani